

Ese jóven, entonces de la edad de veinte y seis años, era José Garibaldi.

Dejémosle hablar y contar él mismo los maravillosos sucesos de su aventurada existencia.

Alej. DUMAS.

I.

MIS PADRES.

Yo nací en Niza el 22 de julio 1807, no solamente en la misma casa, mas en la habitacion misma que nació Massena. El ilustre mariscal era, como se sabe, hijo de un panadero. Los bajos de la casa son hoy aun una panadería.

Empero antes de hablar de mí, permítaseme decir una palabra de mis excelentes padres, cuyo carácter honorífico y profunda ternura tuvieron tanta influencia sobre mi educacion y sobre mis disposiciones físicas.

Mi padre, Domingo Garibaldi, nació en Chiavari; era hijo de marinero y marinero él mismo; al abrirse sus ojos vieron el mar, sobre el cual debia pasar casi toda su vida. Por cierto, estaba lejos de tener los conocimientos que son el apanaje de algunos hombres de su oficio, y sobre todo de los hombres de nuestra época. Habia hecho su educacion marítima, no en una escuela especial, sino sobre los buques de mi abuelo. Mas tarde, mandó un buque suyo, y siempre salió con honor de sus ne-

gocios. Su fortuna experimentó un sinnúmero de accidentes, los unos felices, los otros desgraciados, y á menudo he oido decir que hubiera podido dejarnos mas ricos que lo ha hecho. Pero en cuanto á eso poco importa. Él era libre de gastar como mejor se le antojase un dinero tan laboriosamente ganado, y no le soy menos reconocido por lo poco que me ha dejado. Además, hay una cosa que no hace ninguna duda en mi espíritu, y es que, de todo el dinero que mi padre echó al viento, el que salió de sus manos con el mas gran placer, fué el que empleó para mi educacion, aunque esta educacion fué una pesada carga para el estado de su fortuna.

Que no vayan á creer, sin embargo, que mi educacion fué en nada aristocrática. No, mi padre no me hizo aprender ni la gimnástica, ni las armas, ni la equitacion. Yo aprendí la gimnástica trepando en los obenques, dejándome resbalar á lo largo de las jarcias; la esgrima, defendiendo mi cabeza, y procurando defender lo mejor que podia la cabeza de los otros; y la equitacion, tomando ejemplo de los mejores jinetes del mundo, es decir de los *gavachos*.

El solo ejercicio de mi juventud — y para este tampoco tuve maestro — fué la natacion. Cuándo y cómo aprendí á nadar, lo ignoro; me parece que he

sabido siempre y que nací anfibio. Así, todos los que me conocen saben que no me gusta hacerme ningun elogio; diré simplemente, sin que yo crea que hay vanidad en esto, que soy uno de los mas hábiles nadadores que existen. No es necesario pues encarecer esta habilidad, siendo conocida la confianza que tengo en mí, pues jamás he vacilado en echarme al agua para salvar la vida de uno de mis semejantes.

Sin embargo, si mi padre no me hizo aprender todos esos ejercicios, fué mas bien falta de los tiempos que la suya. En esa triste época, los clérigos eran los dueños absolutos del Piamonte, y sus constantes esfuerzos, su trabajo asiduo tendian mas á hacer de los jóvenes frailes y sacerdotes que ciudadanos aptos para servir los intereses materiales del país. Además, el amor profundo que nos tenia mi padre, le hacia temer hasta la sombra de toda especie de libros.

En cuanto á mi madre, Rosa Ragiundo, lo digo con orgullo, era el modelo de las mujeres. Es cierto que todo hijo debe decir de su madre lo que yo digo de la mia; pero nadie lo dirá con mas conviccion que yo.

Una de las penas de mi vida, y no es la menor, ha sido y será no haber podido hacerla feliz y de

haberla entristecido y acibarado los últimos días de su existencia. Solo Dios sabe las angustias que la han ocasionado mi peligrosa carrera, porque solo Dios sabe el inmenso cariño que me tenía. Debo confesarlo, si hay algún buen sentimiento en mi alma, lo he heredado. Su angélico carácter no podía menos de reflejarse en mí. Así, solo á su conmiseración por las desgracias y á su compasión por las penas ajenas debo yo el grande amor, la profunda caridad que siento por la patria; caridad que me ha valido el afecto y simpatía de mis desgraciados conciudadanos. Yo no soy supersticioso, y sin embargo debo decir que, en las circunstancias más terribles de mi vida, cuando el Océano rugía bajo la carena y contra los flancos de mi buque, que levantaba como un corcho, cuando las balas rasas silbaban á mis oídos como el viento de la tempestad, y cuando las balas llovían á mi alrededor como el granizo, la veía yo arrodillada, sumergida en su oración, encorvada á los pies del Altísimo; y al punto reconocía que lo que me daba ese valor de que las gentes se han asombrado muchas veces, era la convicción de que no podía sucederme ninguna desgracia, cuando una santa mujer, cuando un ángel rogaba á Dios por mí.

II.

MIS PRIMEROS AÑOS.

Yo pasé los primeros años de mi juventud como todos los niños, en medio de las risas y de los lloros; más amigo del placer que del trabajo, de la diversión que del estudio, y tanto que no aprovechaba como hubiera debido hacerlo si hubiese sido más cuerdo y reflexionado en los sacrificios que mis padres hacían por mí. Mi buen corazón era un don de Dios y de mi madre, y los arroyos de ese buen corazón, los he satisfecho siempre con deleite. Sentía una piedad profunda por todo lo que era pequeño, débil y doliente. Esta compasión se extendía hasta los animales, ó más bien comenzaba por ellos. Me acuerdo que un día hallé un grillo y lo llevé á mi cuarto; allí jugando con él, tocándolo con esa inhabilidad ó más bien con esa brutalidad propia de la niñez, le arranqué una pata; mi sentimiento fué tal, que estuve algunas horas encerrado y llorando amargamente.

Otra vez, yendo á la caza con uno de mis primos al Var, me paré sobre la orilla de un foso profundo

en donde las lavanderas tenían costumbre de lavar la ropa, y una pobre mujer que lavaba la suya cayó en él. Pequeño como yo era, — apenas tenía ocho años, — me eché al agua y la salvé. Cuento esto para probar lo natural que es en mí ese sentimiento que me induce á socorrer á mis semejantes, y por lo mismo el poco mérito que tengo en seguir esta inclinacion. Entre los maestros que tuve en ese período de mi vida, conservo un reconocimiento particular al padre Giovanni y á M. Arena.

Con el primero adelanté poco, estando mucho mas dispuesto á jugar y divertirme, como ya he dicho, que á trabajar. Sobre todo me ha quedado el remordimiento de no haber estudiado la lengua inglesa, como podia haberlo hecho, remordimiento que sentí con viveza en muchas circunstancias, especialmente cuando me hallaba con los Ingleses. Además, como el padre Giovanni era de casa, y casi de la familia, mis lecciones sufrían por la demasiada familiaridad que yo habia tomado con él. Al segundo, excelente maestro, le debo lo poco que sé; pero le debo sobre todo un reconocimiento eterno, por haberme iniciado en mi lengua materna y por la constante lectura de la historia romana á que me dedicaba con predileccion.

La falta de no instruir á los niños en la lengua y

cosas de la patria, se comete frecuentemente en Italia y particularmente en Niza, cuya vecindad á la Francia influye sobre la educacion. Debo pues á esa primera lectura de nuestra historia y á la persistencia de mi hermano mayor Ángel en recomendarme el estudio, así como la belleza de nuestro hermoso idioma, lo poco que he llegado á adquirir de ciencia histórica y la facilidad que tengo en hablarla y emitir con ella mis pensamientos.

Concluiré este primer período de mi vida con la relacion de un hecho que, aunque de poca importancia, dará una idea de mi disposicion á pasar mi vida en aventuras.

Cansado de la escuela é impaciente de mi existencia sedentaria, propuse un dia á algunos de mis compañeros de escaparnos á Génova. Tan pronto como fué dicho, la cosa se hizo. Desatamos una barca de pescar y bogamos hácia el Oriente. Estábamos ya á la altura de Monaco, cuando un corsario, enviado por mi excelente padre, nos capturó y reintegró, avergonzados, en nuestras respectivas casas. Un capellan que nos habia visto nos delató: de ahí viene probablemente mi poca simpatía por los clérigos.

Mis compañeros de aventuras eran, segun me acuerdo, César Parodi, Rafael de Andreis y Celestino Bermond.

III.

MIS PRIMEROS VIAJES.

« ¡O primavera, juventud del año! ó jóven primavera de la vida! » ha dicho Metastaso; pero yo añadiré: ¡Cómo todo se hermosea al sol de la juventud y de la primavera!

A la luz pues de ese mágico sol tú me apareciste, ó bella *Costanza*, tú, primer buque sobre el cual yo he surcado el mar. Tus robustos flancos, tu arboladura elevada y ligera, tu espacioso puente — cubierta, todo, hasta el busto de la mujer que se dilatava en tu delantera, quedará grabado siempre en mi memoria con el indeleble buril de mi jóven imaginación! ¡Cómo tus marineros, bella y querida *Costanza*, se inclinaban graciosamente sobre sus remos, verdaderos tipos de nuestros intrépidos Ligurianos! ¡Con qué alegría me arriesgaba yo sobre el balcon para escuchar sus cánticos populares y sus coros armoniosos! Ellos cantaban cánticos de amor; nadie les enseñaba otros entonces: aunque eran insignificantes, me enternecian y embriagaban. ¡Oh! si esos cánticos hubiesen sido por la patria, me hu-

bieran exaltado y vuelto loco! Pero ¿quién pues hubiera podido decirles entonces que habia una Italia? ¿quién les hubiera enseñado que teníamos una patria que vengar y salvar? No, no! fuimos educados y crecimos como los Judíos en esa creencia que la vida no tenia mas que un objeto: el hacer fortuna.

Durante el tiempo que yo miraba, alegre, el buque en que iba á embarcarme, mi madre preparaba llorosa lo necesario para mi viaje.

Pero mi vocacion era la de correr los mares; mi padre se opuso tanto como pudo, porque deseaba que yo siguiera una carrera pacífica y sin peligros, que me hubiera hecho capellan, abogado ó médico, pero mi persistencia lo venció; su amor cedió á mi juvenil obstinacion, y me embarqué en el bergantin *Costanza*, cuyo capitan, Ángel Pesante, era el marino mas audaz que he conocido nunca. Si nuestra marina se hubiera acrecentado, como era de esperar, el capitan Pesante hubiera tenido derecho á mandar uno de nuestros primeros buques de guerra, y nadie hubiera sido mas intrépido capitan que él. Pesante no ha mandado jamás una armada, pero, si se le dejara seguir su proyecto, crearia pronto una, desde la lancha cañonera hasta los buques de tres puentes; si el imperio de las circunstancias fuese

30009

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

tal que se le confiara esta mision, él tendria provecho y la gloria de enaltecer la patria. Yo respondo de esta verdad.

Hice mi primer viaje á Odesa; pero estos viajes son tan comunes y tan fáciles hoy, que es inútil referirlos.

Mi segundo fué á Roma, pero esta vez con mi padre; habia experimentado tales inquietudes durante mi primera ausencia, que decidió el viajar conmigo, ya que yo tenia empeño en viajar.

Montamos su propia tartana : *la Santa Reparata*.

Roma! ¡qué alegría de ir á Roma! he dicho que por los consejos de mi hermano y por los cuidados de mi digno profesor, mis estudios habian vuelto de ese lado; Roma! ¿qué eres tú para mí, ferviente adepto de la antigüedad, sino la capital del mundo? Reina destronada! pero tus ruinas inmensas, gigantescas y sublimes, de las cuales sale, como espectro luminoso, la memoria de todo lo que fué grande en lo pasado.

No solamente eres la capital del mundo, sino tambien la cuna de esta religion santa que ha roto las cadenas de los esclavos, que ha ennoblecido la humanidad hasta entonces hollada; de esta religion cuyos verdaderos apóstoles han sido los institutores de las naciones, los emancipadores de los pueblos.

La Roma que yo veia en mi juventud no era solamente la Roma del porvenir, llevando en su seno la idea regeneradora de un pueblo perseguido por la envidia de las naciones, porque nació grande, porque marchó á la cabeza de los pueblos guiados por ella á la civilizacion.

Roma! ¡Oh! cuando yo pensaba en tu desgraciada decadencia y en tu martirio, te creia santa y querida mas que todas las cosas. Yo te amaba con toda mi alma, no solamente en los soberbios combates de tu grandeza, durante tantos siglos, sino hasta en los sucesos mas pequeños que yo recogia en mi corazon, como un precioso depósito.

Lejos de disminuir mi amor por Roma, creció con el alejamiento y la expatriacion. A menudo, muy á menudo, del otro lado de los mares, á tres mil leguas de distancia, pedia al Todopoderoso que me otorgara la gracia de volverla á ver. En fin, Roma era para mí la Italia, porque no veo la Italia sino en la reunion de sus miembros esparcidos, y Roma es para mí el solo y único símbolo de la unidad italiana.

IV.

MI INICIACION.

Durante algun tiempo hice el cabotaje con mi padre; despues iba á Cagliari, en el bergantin *Enea*, con su capitán José Gervino.

Durante ese viaje, fuí testigo de una espantosa desgracia, que dejará en mi vida un eterno recuerdo. Volviendo de Cagliari, á la altura del cabo de Nolé, marchábamos en compañía de algunos buques, entre los cuales se hallaba una hermosa embarcacion catalana. Despues de dos ó tres dias de buen tiempo, sentimos algunas bufadas de ese viento que nuestros marineros han llamado *el libio*, porque antes de llegar al Mediterráneo, pasa por el desierto Libio. Bajo su aliento, el mar no tardó á enfurecerse, y el viento se puso á soplar con tal furia, que nos empujó sobre Vado. La embarcacion catalana principiò portándose admirablemente, y no vaciló en decir que cada uno de nosotros, viendo el tiempo que iba á hacer por el que hacia ya, hubiésemos preferido estar á bordo de la referida embarcacion, antes que en el de la nues-

tra propia. Pero la pobre embarcacion estaba llamada á ofrecernos pronto un doloroso espectáculo; una oleada terrible la volcó, y al instante no vimos mas que la pendiente de su cubierta, y sobre ella algunos desgraciados que nos alargaban las manos, pero que pronto fueron arrebatados por otra oleada mas terrible aun que la primera. — La catástrofe tenia lugar hácia nuestro jardin de la derecha; y nos era materialmente imposible socorrer á los desgraciados naufragados. Las demás embarcaciones que nos seguian se hallaron en la misma imposibilidad. Nueve individuos de la misma familia perecieron á nuestra vista. Algunas lágrimas cayeron aun de los ojos mas insensibles, pero pronto fueron secadas por el sentimiento de nuestro mismo peligro. Pero como si los espíritus malos hubiesen sido apaciguados por este sacrificio humano, las otras embarcaciones llegaron sin accidente á Vado.

De Vado partí para Génova, y de Génova volví á Niza.

Entonces principié una serie de viajes al Levante, durante los cuales fuimos arrestados y despojados tres veces por los mismos piratas. Esto sucedió dos veces en un mismo viaje, y los segundos piratas se enfurecieron viendo que no hallaron nada que robarnos. En esos ataques fué donde yo comencé á

familiarizarme con el peligro y á comprender que sin ser Nelson, á Dios gracias, podia preguntar como él: «¿Qué es miedo?»

En uno de esos viajes que hice en el bergantin *el Cortés*, capitan Barlasemería, quedé enfermo en Constantinopla. El buque se vió obligado á darse á la vela, y la enfermedad prolongándose mas que yo habia creído, me hallé muy escaso de dinero. Cualquiera que haya sido la situacion en donde me he hallado y cualesquiera pérdidas que haya experimentado, siempre me he preocupado muy poco de mi desgracia, porque siempre he tenido la buena fortuna de hallar alguna alma caritativa que se ha interesado por mi suerte.

Entre esas almas caritativas, hay una que no olvidaré jamás: es la buena señora Luisa Sauvaigo, de Niza, buena criatura que me ha convencido que las dos mujeres mas perfectas del mundo eran ella y mi madre. Ella hacia la felicidad de un marido, y con admirable inteligencia, la educacion de toda su preciosa familia.

¿A qué propósito he hablado aquí de esa señora? No lo sé. ¡Ah! sí por cierto, lo sé; la razon es que, escribiendo para satisfacer la necesidad de mi corazon, mi corazon me ha dictado lo que acabo de decir.

La declaracion de la guerra entre la Puerta y la Rusia contribuyó á prolongar mis dias en la capital del Imperio turco. En este período y en el momento que yo no sabia cómo viviria el dia siguiente, entré en calidad de preceptor en la casa de la viuda Tennioni. Este empleo lo obtuve por la recomendacion de M. Diego, médico, á quien doy aquí las mas expresivas gracias por el favor que me hizo. Estuve allí algunos meses, despues de los cuales volví á navegar, embarcándome en el bergantin *Nuestra Señora de Gracia*, capitan Casanova. No me haré molesto sobre mis otros viajes; solo diré que, siempre inquieto por un profundo instinto de patriotismo, en ninguna circunstancia de mi vida he cesado de pedir ya sea hombres, ya sea sucesos, ya sea tambien libros que iniciasen en los misterios de la resurreccion de la Italia; pero, hasla la edad de veinte y cuatro años, este afán fué inútil, y me fatigué en vano.

En fin, en un viaje á Tangarog, hallé á bordo un patriota italiano, que fué el primero que me dió alguna nocion de la manera que marchaban las cosas en Italia.

Él sabia algo de lo que se tramaba en nuestro desgraciado país.

Lo digo altamente, Cristóbal Colon no fué mas fe-

liz que yo cuando, perdido en medio del Atlántico, amenazado por sus compañeros, que le habían perdido tres días, oyó al fin del tercero gritar: «Tierra!» de lo que yo lo fuí oyendo pronunciar la palabra *patria*, y viendo en el horizonte alumbrar el primer faro por la revolución francesa de 1830.

Habia pues hombres que se ocupaban de la rendición de la Italia.

En otro viaje que hice á bordo de *la Clorinde*, este buque transportaba una sección de san-simonianos á Constantinopla conducidos por Emilio Barault.

Yo habia oido hablar muy poco de la secta de San-Simon; solamente sabia que esos hombres eran los apóstoles perseguidos de una religion nueva. Me acerqué á su jefe y me declaré á él como patriota italiano.

Entonces, durante esas noches trasparentes del Oriente, que, como dice Chateaubriand, no son las tinieblas sino la ausencia del día; bajo ese cielo todo constelado de estrellas; sobre esa mar cuya áspera brisa parece llena de aspiraciones generosas, discutimos no solamente las estrechas cuestiones de nacionalidad en las cuales se habia hasta entonces encerrado mi patriotismo, — cuestiones restringidas á la Italia y á discusiones de provincia á provincia,

— sino tambien la gran cuestión de la humanidad.

Desde luego, el apóstol me probó que el hombre que defiende su patria ó que ataca la patria ajena, no es mas que un soldado piadoso en la primera hipótesis, — é injusto en la segunda; — pero el hombre que, haciéndose cosmopolita, adopta la segunda por patria, y va á ofrecer su espada y su sangre á todos los pueblos que luchan contra la tiranía, es mas que un soldado; es un héroe.

Entonces resplandecieron en mi espíritu luces nuevas, á cuya claridad ví en un buque, no el vehiculo encargado de cambiar los productos de un país contra los de otro, sino el mensajero alado llevando la palabra del Señor y la espada del Arcángel. Habia partido ávido de emociones, curioso de cosas nuevas, y preguntándome á mí mismo si esa vocación irresistible que yo habia creído sencillamente reducida á la de un capitán navegando á lo largo, no tenia para mí horizontes ignorados.

Esos horizontes los entreveía yo, de un lado al otro de la vaga y lejana niebla del porvenir.

V.

LOS SUCESOS DE SAN JULIAN.

El buque en que volví esta vez del Oriente, tenía por destino el puerto de Marsella.

A mi llegada á Marsella supe el aborto de la revolución del Piamonte y los fusilamientos de Chamberi, de Alejandría y de Génova.

En Marsella me hice amigo de un tal Cové.—Cové me llevó á casa de Mazzini.

Estaba entonces lejos de pensar en la estrecha comunidad de principios que me unirían un día con este último.

Nadie conocía aun al persistente, al obstinado pensador á quien la nueva Italia debe su laboriosa regeneración, y á quien nada desanima en la obra santa que ha emprendido, ni aun la ingratitud misma.

No me toca á mí el formular una opinión sobre Mazzini; pero que se me permita decir que después de haber puesto una corona de laurel sobre su cabeza merecedora, se le puso una de espinas que él no merecía.

A la caída de Andrés Vocchieri, Mazzini arrojó un verdadero grito de guerra. Hé aquí pues lo que escribió en la *Jóven Italia*:

«Italianos! el día ha llegado; si queremos ser dignos de nuestro nombre, debemos mezclar nuestra sangre con la de los mártires piamonteses.»

No se escribían impunemente estas cosas en Francia, en 1833. Algun tiempo después que presentado á Mazzini, le dije que podía contar conmigo, este eterno proscrito tuvo que huir de Francia y retirarse á Génova.

En efecto, en aquel momento el partido republicano parecía estar completamente aniquilado en Francia. Esto sucedía el 5 de junio, algunos meses después del proceso de los combatientes del claustro de San Merri.

Mazzini, este hombre de convicción profunda para quien no hay obstáculos, eligió ese momento para arriesgar una nueva tentativa.

Los patriotas, respondiéndole que estaban prontos, le pidieron un jefe.

Ramorino, que se había distinguido en sus luchas de Polonia, fué la persona elegida; pero Mazzini no aprobó esta elección; su espíritu, á la vez activo y profundo, le hacía desconfiar y temer el prestigio

de los grandes nombres; pero la mayoría queria á Ramorino, y Mazzini cedió.

Llamado á Génova, Ramorino aceptó el mando de la expedicion. En su primera conferencia con Mazzini, convinieron que marcharian sobre el Piamonte dos columnas republicanas, la una por la Saboya y la otra por Génova.

Ramorino recibió cuarenta mil francos para subvenir á los gastos de la expedicion, y marchó con un secretario de Mazzini que tenia la mision de vigilar al general (1). Todo esto sucedió en setiembre del año 1833, y la expedicion no debia tener lugar hasta el octubre siguiente.

Pero Ramorino llevó las cosas tan despacio que no estuvo pronto hasta enero de 1834.

Mazzini, á pesar de todas las tergiversaciones del general polaco, permaneció firme.

En fin, el 31 de enero, Ramorino obligado por Mazzini, se reunió en Génova con él, con otros dos generales mas y un ayudante de campo.

La conferencia fué triste, acalorada y de sombrío augurio. — Mazzini propuso que se ocupara militar-

(1) Estos sucesos que tenían lugar en un punto donde no se hallaba Garibaldi, y que no se ponen aquí sino como explicacion histórica, los hemos tomado de la obra de Ángel Brofferio sobre el Piamonte.

mente el pueblo de San Julian, donde se hallaban reunidos los patriotas saboyanos y los republicanos franceses afiliados para el movimiento.

Allí pues se debia enarbolar el estandarte de la insurreccion.

Ramorino consintió en la proposicion de Mazzini.

Las dos columnas debian ponerse en marcha el mismo dia: la una saldria de Carange y la otra de Nyons; esta atravesaria el lago para reunirse á la primera en el camino de San Julian.

Ramorino se pondria á la cabeza de la primera columna, y el polaco Grabsky al de la segunda.

El gobierno genovés, temiendo enemistarse por un lado con la Francia y por otro con el Piamonte, veia de mal ojo este movimiento. — Quiso oponerse á la marcha de la columna de Carange, mandada por Ramorino; pero el pueblo se sublevó, obligando al gobierno á dejar que la columna se pusiera en marcha.

No sucedió así con la fuerza que partia de Nyons.

Dos barcas se dieron á la vela, llevando la una hombres y la otra armas.

Un vapor del gobierno, mandado en persecucion de las barcas, secuestró las armas y arrestó á los hombres.

Ramorino no viendo llegar la columna que debia

reunirse á él, en vez de seguir su marcha sobre San Julian, se puso á costear el lago.

Mucho tiempo marcharon sin saber á dónde iban; nadie conocia los designios del general; el frio era intenso, y los caminos estaban intransitables.

A excepcion de algunos Polacos, la columna se componia de voluntarios italianos impacientes por batirse.

La bandera italiana atravesaba algunos pobres pueblos, pero ninguna voz amiga la saludaba ni hallaban en el camino mas que curiosos ó indiferentes.

Cansado de sus largos trabajos, Mazzini, que habia dejado la pluma para coger el fusil, seguia la columna; atacado por una ardiente calentura, medio muerto, se arrastraba por el áspero camino con el dolor escrito en su frente.

Ya algunas veces habia preguntado á Ramorino cuáles eran sus intenciones, y qué camino seguia.

Pero las respuestas del general no lograban satisfacerle nunca.

Al llegar á Carra hicieron alto para pasar la noche; Mazzini y Ramorino se alojaron en el mismo cuarto.

Ramorino estaba cerca del fuego, encubierto con su capa; Mazzini fijaba sobre él su mirada sombría y sospechosa.

De repente con su voz sonora, y entonces mas elocuente por la fiebre, le dijo:

Siguiendo este camino es imposible encontrar al enemigo. Debemos dirigirnos á donde tenemos que hacer nuestro ensayo. Si la victoria no corona nuestro esfuerzo, al menos probemos á la Italia que sabemos morir. El tiempo ni la ocasion no nos faltarán jamás, respondió el general, para arrostrar peligros inútiles; yo miraré como un crimen el exponer inútilmente la flor de la juventud italiana.

No hay religion sin mártires, replicó Mazzini; fundemos la nuestra aunque sea con nuestra sangre.

Apenas concluyó Mazzini de decir estas palabras, cuando se oyeron varios disparos de fusil.

Ramorino dió salto y Mazzini cogió una carabina, dando gracias á Dios por haberle procurado en fin la dicha de ver al enemigo.

Pero ese era el último esfuerzo de su energía; la calentura le devoraba, sus compañeros, corriendo durante la noche, le parecian fantasmas; sus sienes zumbian como un enjambre; la tierra le repelia y por último cayó desmayado.

Cuando volvió en sí, estaba en Suiza, á donde con mucho trabajo lo llevaron sus compañeros; los tiros de Carra fué una falsa alerta.

Ramorino declaró entonces que todo estaba per-

dido, y en su consecuencia no queriendo pasar mas adelante, ordenó la retirada.

Al mismo tiempo, una columna de cien hombres en que habia cierto número de republicanos franceses, salió de Grenoble atravesando la frontera de la Suiza.

Pero el prefecto advirtió las autoridades sardas, y por la noche los republicanos fueron atacados de improviso cerca de las grotas de las Escaleras y dispersados despues de una hora de combate.

En este combate, hicieron los soldados sardos dos prisioneros : Ángel Volontierri y José Borel. Conducidos á Chamberi, y condenados á muerte, fueron fusilados sobre el mismo terreno donde aun humeaba la sangre de Efficco Tolla.

Tal fué el modo como concluyó esa desgraciada expedicion, que fué llamada en Francia el escarmiento de San Julian.

VI.

EL DIOS DE LAS BUENAS GENTES.

Yo habia recibido la mision que se me habia señalado en el movimiento que debia de tener lugar luego, y la acepté sin discutirla.

Entré al servicio del Estado, como marinero de primera clase en la fragata *la Euridicia*.

Mi mision era de hacer prosélitos á la revolucion, y la llené de la mejor manera que me fué posible.

En el caso que el movimiento tuviese buen éxito, yo y mis compañeros debíamos apoderarnos de la fragata y ponerla á la disposicion de los republicanos.

Empero yo no habia querido prestarme á ejecutar ese papel. — Habia oido decir que debia operarse un movimiento en Génova; y que en este movimiento, era necesario tomar el cuartel de la gendarmería, situado en la plaza Sarzana. Dejé á mis compañeros el cuidado de apoderarse del buque, y á la hora que debia hacerse el movimiento en Génova, salté en una lancha y desembarqué en la aduana.

De allí pasé en dos brincos á la plaza de Sarzana, donde, como queda dicho, debíamos apoderarnos del cuartel de la gendarmería.

Allí esperé una hora, pero en vano. — Muy pronto oí decir que el negocio se habia frustrado, y que los republicanos habian escapado antes de reunirse. Luego añadieron que habian hecho algunas prisiones.

Como yo no senté plaza en la marina sarda mas que para servir al movimiento republicano que se preparaba, juzgué inútil el volver á bordo de la *Euricidia*, y ya no pensé sino en escaparme.

En el momento que yo hacia estas reflexiones, las tropas, prevenidas sin duda del proyecto de los republicanos de apoderarse del cuartel de la gendarmería, comenzaban á sitiar la plaza y á reforzar los soldados que estaban en el cuartel.

Comprendiendo entonces que no debia perder el tiempo, me refugié en casa de una frutera, á quien confié la situacion en que me hallaba.

La excelente mujer no vaciló un instante: me escondió detrás de su tienda me procuró un traje de paisano, y por la noche, á eso de las ocho, salí de Génova por la puerta de la Linterna. Desde este dia principió mi vida de expatriacion, de lucha y de persecucion que, segun toda probabilidad, no ha concluido todavía.

Estábamos en el dia 5 de febrero 1834.

Inmediatamente y sin seguir camino trillado, me dirigí á la montaña. Muchos eran los jardines que tenia que atravesar y muchos los muros que saltar. Por fortuna estaba familiarizado con esta suerte de ejercicios y despues de una hora de gimnástica, me hallaba ya fuera del último jardin.

Dirigiéndome hácia Cacciopée, entré en las montañas de Sestri, y al cabo de diez dias ó mas bien de diez noches llegué á Niza y entré en casa de mi tia, plaza de la Victoria, para noticiar á mi madre mi llegada á fin de no asustarla demasiado con mi arriesgada presencia.

Allí descansé un dia, y en la noche siguiente me puse en marcha, acompañado de mis dos amigos, José Janu y Ángel Gustavini.

Llegados al Var, lo hallamos invadable por causa de las lluvias; pero eso no era un obstáculo para un nadador como yo. Pasé pues el rio mitad á pié y mitad á nado. En fin, despedí desde la orilla á mis dos amigos, que quedaron al otro lado del rio.

Yo estaba á salvo, ó poco mas ó menos, como se verá luego.

En esta confianza, me dirigí derechito á un cuerpo de guardia de aduaneros. Les dije quién era, y el motivo por el cual salí de Génova.

Los aduaneros me respondieron que yo era su prisionero hasta nueva orden, y que esta orden iban á pedirla á París inmediatamente.

Pensando que hallaria pronto una ocasion favorable para escaparme, no hice ninguna resistencia. Me condujeron á Grasse y de Grasse á Draguiñan.

En Draguiñan me pusieron en un cuarto del primer piso, cuya ventana abierta daba al jardin.

Me acerqué á la ventana como para mirar el paisaje, mas viendo que de la ventana á tierra no habia mas que unos quince piés, me eché abajo, y mientras los aduaneros, menos ligeros que yo, bajaron la escalera, ganaba yo la falda de la montaña.

Yo no conocia el camino; pero como era marino, si la tierra me faltaba, me quedaba el cielo, ese gran libro en el que estaba acostumbrado á leer mi derrotero; con ayuda pues de las estrellas tomé la direccion de Marsella.

Al dia siguiente por la noche, llegué á un pueblo cuyo nombre nunca he sabido.

Entré en una posada donde un hombre fresco y robusto y una mujer jóven se calentaban cerca de una mesa esperando la cena.

Pedí de comer, pues desde el dia siguiente no habia tomado alimento alguno.

La cena era apetitosa y el vino del país agradable,

y al lado de un buen fuego, sentí uno de esos momentos de bienestar que se experimenta al salir de un peligro cuando se cree que ya no hay nada que temer.

Mi posadero me felicitó por mi buen apetito y mi alegre semblante.

Le dije que mi apetito no tenia nada de extraordinario, pues que hacia diez y ocho horas que no habia comido nada. Respecto de mi semblante alegre, la explicacion no era menos sencilla, visto que en mi país acababa de escaparme probablemente de la muerte y en Francia de la cárcel.

Habiéndome explicado así, no podia hacerle un secreto de lo demás. — Parecia tan franco mi posadero y la mujer tan buena, que les revelé por fin toda mi posicion.

Entonces con gran asombro mio, ví como cambiaba de color.

— Pues bien, le dije, ¿ qué tiene usted ?

— Tengo, que en vista de lo que acaba usted de decirme, me respondió, me creo con derecho de arrestarle.

Yo me puse á reir, no queriendo hacerle ver que tomaba la cosa por lo serio. Además estamos uno contra uno, me decia á mí mismo, y no hay por que temer. — Enhorabuena! le dije, ya tendrá us-

ted tiempo de arrestarme á los postres; ahora déjeme acabar mi cena aun cuando tenga que pagar doble, pues aun no he satisfecho el hambre.

Yo continuaba comiendo sin la menor inquietud.

Pero pronto me apercibí que si mi posadero tenia necesidad de ayuda para llevar á cabo su proyecto, esta ayuda la tendria sobrada.

Su posada era el punto de reunion de la juventud del pueblo; todas las noches venian á beber, fumar, buscar noticias y hablar de política.

La sociedad de costumbre se reunia poco á poco, y pronto hubo una docena de jóvenes; — estos jóvenes jugaban á los naipes.

El posadero no hablaba mas de arresto; pero sin embargo no me perdía de vista.

Es verdad que no llevando conmigo el mas pequeño paquete, mi maleta no podia responder del gasto que hice.

Mas como tenia algunos doblones en el bolsillo del chaleco, los hice sonar para inspirarle seguridad sobre este punto, pero al parecer su triqueteo tranquilizaba poco al posadero.

Elegí el momento en que uno de los bebedores acabó de cantar con muchos aplausos una cancion que tuvo el mayor suceso, — y con el vaso en la mano:

— A mi vez, dije yo.

En seguida me puse á entonar *el Dios de las buenas gentes*.

Si no hubiera yo tenido otra vocacion, hubiese podido hacerme cantor; tengo una voz de tenor que, habiendo sido cultivada, hubiera adquirido cierta extension y maestría.

La energía de los versos de Beranger, la franqueza con que fueron cantados, la fraternidad del refran y la popularidad del poeta sorprendieron al auditorio.

Me hicieron repetir dos ó tres coplas, me abrazaron al concluir la última, y gritaron: « Viva Beranger! viva la Francia! viva la Italia! »

Despues de semejante suceso, ya no se habló de arresto; mi posadero no abrió la boca, de manera que yo no supe jamás si habia hablado con seriedad, ó si quiso darme una broma.

Pasamos la noche cantando, jugando; al amanecer del día siguiente, todos alegres se ofrecieron para acompañarme; acepté este honor con muchísimo gusto, y á las seis millas de distancia nos separamos.

Ciertamente, Beranger ha muerto sin saber el favor que me hizo en esa ocasion.